

Las desordenadas: Los versos se asoman al Malecón

Bibiana Collado Cabrera

*“y aunque quiero besarte arrodillada,
cuando voy en tu boca demorada,
me desordeno, amor, me desordeno.”*

Carilda Oliver Labra

EL PRIMERO DE ENERO DE 1959 las cubanas ingresaron en un régimen nuevo, ansioso de llevar a cabo una reubicación política y social cuyas repercusiones resultaron inimaginables, afectando hasta el último resquicio de la vida diaria de las mujeres y transformando, consecuentemente, sus modos de producción literaria.

Castro desafió al mundo occidental al igualar su modelo de mujer socialista, la cual combinaba el nacionalismo militante con la feminidad tradicional (resulta imposible obviar que la responsabilidad doméstica continuaba recayendo en ellas). La mujer socialista optó a puestos políticos y cargos profesionales, pero continuó siendo retratada como compañera de su esposo revolucionario y madre ejemplar.

El poder revolucionario le concedió unas primitivas alas con las que comenzar a “emerger”, se trataba de una cuenta pendiente con el movimiento feminista internacional y con la propia ideología del Movimiento guerrillero. Poco después del triunfo revolucionario de Sierra Maestra, se llevaron a cabo un conjunto de cambios que las convirtieron en agentes sociales y políticos con voz propia y que constituyeron lo que el Ché Guevara llamó “una revolución dentro de la revolución”. Parecía haber llegado el momento: la mujer irrumpía en el ámbito público y su literatura también lo haría. La construcción de la figura de la “heroína” permitió abrir agujeros a las diversas manifesta-

ciones culturales femeninas: la intrahistoria de las mujeres comenzaba a ser, no sólo pertinente, sino relevante.

No obstante, el tiempo hizo aflorar las múltiples contradicciones del régimen, la inestabilidad se volvió cotidiana y las estrategias empleadas por la Revolución fracasaron... ¿qué ocurrió entonces con el proyecto de las mujeres? Analizar el papel de “ellas” ante, bajo, con, contra, frente a la Revolución no supone solamente un recorrido histórico o político, sino que constituye la trayectoria de la mujer hacia los nuevos lugares de enunciación surgidos a partir de mediados del siglo xx.



*Carilda Oliver
con el Comandante
Fidel Castro y el pintor
Osvaldo Guayasamín*

La revolución les permitió salir a la calle, hablar, participar y, por supuesto, escribir. Sus poéticas sufrieron transformaciones que marcaron decisivamente la práctica poética de fin de siglo, a pesar de que un importante sector de la crítica no haya reparado en ello. Con el paso de los años, los continuas incoherencias del gobierno castrista minan la fe en su proyecto, pero la brecha ha quedado abierta; los derechos personalísimos, tan inherentes a la figura femenina, han sido sacados a la luz y versificados, indepen-

dientemente de que hayan sido resueltos o no... **el régimen fracasa, pero ellas no.**



*Carilda Oliver
y Dulce María Loynaz*

Cuba se llenó de poetisas exquisitas que renovaron el panorama literario del Caribe y establecieron entre ellas, de una manera más o menos inconsciente, vínculos de “sororidad”, de autoapoyo y mutua promoción que trascendieron la difícil coyuntura histórica. Acorraladas en una sociedad que fue absorbiendo el inmovilismo como característica propia y que parecía irrevocablemente condenada a permanecer anclada en el pasado, estas poetisas llevaron a cabo un papel absolutamente crucial en la evolución de la literatura hispanoamericana: ellas han supuesto la puerta a la poesía actual.



*Fina García
Marruz
y Cintio Vitier*

Son múltiples las autoras a reseñar. Poetas que, siguiendo la estela de Mercedes Matamoros y su desafío a la espiritualidad mojigata, han creado un lenguaje sencillo y matérico, han sabido trabajar sobre la corporeidad de lo cotidiano, sobre la nueva actitud sexual y social de la mujer, han reactualizado verso y rima o se han atrevido a ahondar en la ligazón de aspectos como femineidad y negritud. En la configuración de un fin de siglo como ha sido el xx, en el

que las mujeres y la poesía han dejado de ser etéreas, la voz de poetisas como Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, Carilda Oliver Labra, Juana Rosa Pita o Nancy Morejón, entre muchas otras, resulta absolutamente necesaria para dar pleno sentido a las corrientes poéticas que nos abren las puertas al siglo XXI.



Nancy Morejón

Por todo lo anterior, queda pendiente todavía realizar una investigación que realice un estudio profundo en dos direcciones: por un lado, dar cuenta de la irrupción de la mujer en el ámbito público y cultural cubano (a través de un eje horizontal que contempla su papel como lectoras, la salida a la luz de sus textos y el reconocimiento de su autoría); por otro, establecer la evolución del intimismo hacia la poesía conversacional y el decisivo papel de las mujeres en la configuración de las formas poéticas cubanas que han marcado el fin de siglo.

Estudiar el papel de las poetisas en el actual marco de producción literaria y en la novísima configuración de la sociedad sigue siendo un reto que no se ha podido completar a la espera de proyectos serios y profesionales. El reconocimiento y reubicación de sus voces puede resultar una clave importante para comprender el sujeto contemporáneo. •

BIBIANA COLLADO CABRERA. Licenciada en Filología Hispánica y Master en Estudios Hispánicos, ambos por la Universidad de Valencia, España. Correo electrónico: Amaterasu_85@hotmail.com